

y no lo muevo, que no
tenga razón al moverlo.

DOÑA MARÍA

¡Pende mi vida también!

DON ÁLVARO

No lo digáis; bien lo siento.

DOÑA MARÍA

(Con resolución rápida.)

Condestable de Castilla:
queríais ver este pliego,
no he de negároslo ya;
abierto os lo doy: leedlo.

*(Le entrega el pliego con la orden
del Rey.)*

DON ÁLVARO

(Después de leer.)

¡Abominable bajeza!
¡Ingrato Rey!

DOÑA MARÍA

No os lo niego.

DON ÁLVARO

¡Y ni á trazar se atrevió
todas las líneas del pliego!

DOÑA MARÍA

Yo le ayudé.

DON ÁLVARO

No faltasteis
á la ingratitud en esto;
que, al fin, mi amor lo pagáis
con la moneda del tiempo.

DOÑA MARÍA

*(Sin atender á estas palabras: fija
en su idea.)*

¡Ya no penden de ese brazo
la vida y muerte del reino!
«Servicio del Rey» dijisteis
hoy que era vuestro silencio:
el Rey os manda prender,
no quiere servicios vuestros.
Hablad, hablad...

DON ÁLVARO

¡Yo hablaré...
Doña María, á su tiempo!

DOÑA MARÍA

(Defraudada en sus ansias.)

¡Oh!

DON ÁLVARO

¡No temáis, que es venganza
granada la que os prometo!

¡Decid que se junten armas,
que vengan á echarme hierros,
que es bien con ellos cargarme,
Rey, si me prendéis sin ellos!
¡Oh, nunca mayor venganza
pudo tomar de un Rey necio
un leal, que yo de ti,
hiriéndote el tronco mismo!

DOÑA MARÍA

¿Qué decis?

DON ÁLVARO

¡Dadle, señora,
al de Estúñiga este pliego;
que la prisión del de Luna
mala pro ha de hacerle al reino!

(Transición: bajando la voz.)

¿No habéis oído? Unos pasos
á mis voces respondieron.
Pero, ¿quién puede... á estas horas?...

DOÑA MARÍA

*(Después de observar por el ven-
tanal.)*

Alonso Pérez Vivero
y el Príncipe Enrique.

DON ÁLVARO

*(Bruscamente; sin acertar á do-
minarse.)*

¿Y vos

les recibís?

DOÑA MARÍA

¿Qué hay en ello?...

(Adivinando.)

¡Condestable: hablasteis ya!
El Príncipe...

DON ÁLVARO

(Intentando corregir su arranque.)

¡No!

DOÑA MARÍA

¡Ya entiendo,
Condestable!

DON ÁLVARO

¡No!

DOÑA MARÍA

¡Dejadme!

DON ÁLVARO

¡No!

DOÑA MARÍA

Dejadme: ved que pierdo
mi honor si os hallan aquí,
Don Alvaro; y yo no espero
más, que la verdad se acerca.
Dejadme á solas, os ruego.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1960. LEÓN MONTERREY, MEXICO

DON ÁLVARO

Doña María : me habéis
avezado en estos tiempos,
cuando más quise serviros,
á serviros desde lejos,
y saldré; que las distancias
las salvarán mis esfuerzos,
y cuando os dejo con vos,
bien acompañada os dejo.

*(Saliendo por la lateral secreta.
Aparecen Pérez Vivero y el Prín-
cipe.)*

DOÑA MARÍA

*(Al ver allí á Vivero, con sereni-
dad impávida le dice:)*

Vos, señor Pérez traidor,
que el Vivero ya no os cuadra,
¿gustáis que os echen á injurias
cuando entráis donde no os llaman?

PRÍNCIPE

Vos nos llamasteis...

DOÑA MARÍA

(Con dulzura.)

No, Alteza;
perdón, con vos no va nada;
á vos os llamé; quería
conocer toda la trama
que hicisteis con Don Alonso...

(Por un gesto del Príncipe.)

Soy su madre. ¿Qué os extraña?

(A Vivero, cambiando de tono.)

A vos, no; que los traidores
no dan luz con sus palabras;
y para saberlo todo,
con el Príncipe me basta.

VIVERO

Aunque tan dura os mostráis
y mi confusión es tanta...

DOÑA MARÍA

(Impaciente.)

¡Oh!

VIVERO

No os negaré, señora,
con qué gusto me quedara.
Ved que el Príncipe está enfermo;
que su enfermedad es causa
que yo le acompeñe siempre,
señora; que pone el alma
en estos empeños vuestros,
y es bien que le ahorréis palabras
y fatigas : yo hablaré...

DOÑA MARÍA

¡Yo no puedo creer nada
que vos digáis! Cuanto al Príncipe,
aguardadle lo que os plazca
fuera de aquí : yo he de hacer,
para evitarle palabras

y fatiga, lo que hiciera
una madre, no una dama;
que mi corazón de madre
ha tiempo no palpitaba
como hoy, al veros entrar;
señoría, hacedme gracia.

(El Príncipe hace un gesto indicando á Vivero que salga. Este se le acerca, hablándole en voz baja. Doña María, que le observa, dice:)

La nobleza del señor
no la torcerán palabras
de criados.

VIVERO

(Con baja malignidad ofensiva.)

No consejos,
señora, albricias le daba
al ver, aun hoy, cuánto vale
ser príncipe con las damas.

(Sale.)

DOÑA MARÍA

(Para dejar al Príncipe conmovido el tiempo de serenarse; apartándose de él y mirando distraídamente por la reja; tono de indiferencia y de dulzura al mismo tiempo.)

Habéis tardado, Príncipe:
la obscuridad se mezcla
con la aurora. En el cielo

quedan tan pocas luces
como en mi alma, la noche
de mi luto. Pensé

(Se acerca un poco.)

que no vendríaís... Hice
injuria á vuestra gracia...
Pero, ¿no os sentáis, Príncipe?

(El Príncipe se sienta; ella continúa en pie.)

PRÍNCIPE

Seguid, señora; hablando
me hacéis un bien que nunca
lo sospeché, en el mundo.
Dicen que estoy enfermo
en la Corte: no encuentran
los físicos el bálsamo
que cure mis heridas.
Señora: hablad... Los físicos
no conocen mis males.

DOÑA MARÍA

¡Váleme Dios! Y un Príncipe
¿no encuentra quién le cure?
Pero es verdad... Murió
vuestra madre... ¿Sabéis
que, cuando al lado os veo
de vuestro padre, tengo
celos del Rey? ¡Oh, sí!
que él aún tiene el consuelo
de recoger las lágrimas
de un hijo... Pero yo...

PRÍNCIPE

¡Oh, no poder, señora,
aun dejando de ser
lo que soy, ser tan sólo
vuestro hijo! ¡Tendrían
estas manos poder
de enjugar vuestro llanto!

DOÑA MARÍA

Príncipe: sois tan bueno
como yo soy cuitada;
esto que me habéis dicho
llega al alma, ¡no puede
ser que seáis infame!

PRÍNCIPE

¿Yo?

DOÑA MARÍA

Príncipe: por piedad;
por piedad á vos mismo,
decid: ¿es cierto todo
lo que contó el de Luna?

PRÍNCIPE

Cierto...

DOÑA MARÍA

Entonces, con vos
hizo liga mi Alonso;
entonces, nunca, Príncipe,
le dejabais; sabíais
de sus pasos; de todos

los que tenían odio
por él; los que podían
perseguirle ó buscaban
su muerte... ¡Responded!

PRÍNCIPE

¡Oh, no! Después, después...
Ahora hablemos, señora,
de vos.

DOÑA MARÍA

¿Por qué de mí?

PRÍNCIPE

Porque habéis prometido
que tendríais piedad
de mi fatiga. Luego...
cuando yo esté cansado...
cuando mandéis... Vivero...
en dos palabras...

DOÑA MARÍA

¡No,
tan sólo vos, Alteza!

PRÍNCIPE

Bien, yo; pero más tarde,
cuando ya os haya dicho
lo que no puede ser
que os esconda más tiempo...

DOÑA MARÍA

¡Alteza!...

PRÍNCIPE

Si otra vez
me miran vuestros ojos
de esta manera, yo
no podré hablaros.

DOÑA MARÍA

¡Pase
lo que queráis, señor;
pero hablad!

PRÍNCIPE

¿No guardáis
memoria de una fiesta
que dió el Rey en Medina?

DOÑA MARÍA

¡Sí, la noche terrible
de mi desgracia, sí!

PRÍNCIPE

No, no aquélla; años antes.
Se hicieron dos torneos:
era la Reina nueva
quien presidía; quiso
mostrarle el Rey qué damas
le entregaba Castilla,
y, en un torneo, dos
de nuestras castellanas
bajaron á la arena
con sus empresas. Vos

cruzasteis vuestra espada
con Juan de Merlo: toda
la Corte os hizo fiesta.
Recuerdo que teníais,
aquel día, entretanto
que aplaudía la gente,
vuestros ojos clavados
en mi sitio... Señora.
¿Qué mirabais entonces?

DOÑA MARÍA

Sí... recuerdo. De toda
la turba que aclamaba;
del horror, de los gritos
en el sol, en la luz,
del delirio, del triunfo,
Príncipe, no sé nada.
Sólo sé—junto á vos,
es cierto, á vuestra espalda—
de unas pupilas que
me seguían ansiosas;
de una boca que, acaso
conmovida ó pasmada,
sin querer, sonreía;
de unas manos en alto,
¡las manos de mi vida!
que estaban lejos; pero
que llegaban á mí,
como si me pulsaran
el alma en carne viva,
sacando de ellas lágrimas
de orgullo y de ternura,
las dos cosas á un tiempo:
y eso sólo miraba,
Príncipe; ya sabéis,
¡era mi Alonso!

PRÍNCIPE

¡Era él!

DOÑA MARÍA

Príncipe, ¿qué os sucede?

PRÍNCIPE

*(Con mayor decisión que hasta
ahora; la pasión le exalta.)*

Montoro, aquella noche,
cantó, cuando mi padre
dió mesa á los juglares,
un romance, en elogio
de vuestro paso de armas.
¿Lo recordáis, señora?

DOÑA MARÍA

Lo recuerdo: no olvido
la tonada ni el verso.
Por la primera vez
me dió en aquel romance
el nombre de «la Brava»
la Corte de Castilla...
Pero, ¿á qué recordáis?...

PRÍNCIPE

Señora: aquel romance
que, desde entonces, digo
todas las noches, como
si fuese una plegaria,
afirma que vos siempre
herís el corazón...

DOÑA MARÍA

Es verdad; eso dice.
Pero, ¿qué tiene aquello
que ver con esta noche?

PRÍNCIPE

En el viejo romance
de Montoro el juglar,
él pondría los versos,
¡pero yo puse el ansia!
porque yo, como nadie
de la corte, sabía
de qué modo herís vos
los corazones; que
desde la horrible fiesta,
desde aquella mirada
que fatalmente yo
recibía, no siendo
para mí, no respiro,
no vivo, no soy hombre,
sino por vos, señora!

DOÑA MARÍA

¡Príncipe!

PRÍNCIPE

¡No se calla
quien, sólo porque tuvo
una esperanza débil
que llegara el momento
de hablar, vivió hasta ahora
con la muerte en el alma!

DOÑA MARÍA

Abusáis del asilo
que os he dado, señor,
sin ver que es villanía...

PRÍNCIPE

¡Villanía!... ¡Le habláis
de villanía al hombre
que, porque es todo vuestro,
nada encuentra villano
si le lleva á vos; que
ni los astros, ni Dios,
ni el destino, ni toda
la sangre de Castilla,
ni la muerte, ni el crimen
han detenido!

DOÑA MARÍA

¡Príncipe!

PRÍNCIPE

¡No, la mirada suave
ó callaré, señora;
que esta airada me turba;
que enmudezco!

DOÑA MARÍA

Seguid...

Fué un instante. ¡Seguid!
Ya os dije que tendría,
Príncipe, para vos,
la piedad de una madre.

PRÍNCIPE

¡Sí, de una madre! Ved,
no pido más señora;
¡y estas manos suavísimas
sobre mí!, como un don
maternal; derramando
por mi existencia estéril
la piedad, como encima
de las cunas vacías...
¿Que os he sido funesto
con mi amor?... ¡él lo ha sido
primero para mí!

DOÑA MARÍA

*(Forcejeando por desasir sus ma-
nos, que el Príncipe le ha cogido.)*

¡Príncipe!

PRÍNCIPE

Y, lentamente,
para beber despacio
vuestra piedad, yo os juro
deciros los secretos
terribles de mi alma;
la sangre que hay en ella;
mis pasiones, mi crimen,
¡sí, mi crimen también!

DOÑA MARÍA

¡Señor!

PRÍNCIPE

¡Sí, guardo dentro
de mi espíritu un lago

de sangre!... ¿Qué tenéis?
¿Por qué vuestra mirada
se clava en mí, que siento
que al corazón me llega?
¿Qué fuego es éste?

DOÑA MARÍA

¡Fuego
de Dios, Príncipe Enrique!

(Le arranca la cadena con el joyel de Don Alonso, que lleva en el cuello.)

¿Cómo lleváis pendiente
del cuello este joyel,
que colgaba del cuello
de mi hijo?

PRÍNCIPE

¡Callad!
¡No gritéis!... que Vivero...
él os dirá, señora...

DOÑA MARÍA

¡No; vos, y pronto; pronto,
ú os despedazo! ¿Quién
le asesinó?

PRÍNCIPE

Vivero...
Yo no quería... Os juro
que no quería; él fué
quien, por servirme... ¡Yo

quise sólo robarle
vuestra imagen!

DOÑA MARÍA

(Amenazante.)

¡Oh, basta!

PRÍNCIPE

(Súplica tristísima.)

¡No!

DOÑA MARÍA

¡Príncipe maldito!
¡Sube á llevar tu fango
al trono de Castilla,
y correrá, en los siglos,
para lavar tu afrenta,
la sangre de tu pueblo!

(Vivero ha entrado con la espada desnuda al oír que el Príncipe le delataba; va á abalanzarse sobre la Guzmán en el momento que ésta se vuelve, y, viéndole, se echa atrás, descuelga la espada de su hijo y dice, empuñándola:)

¡Ah, no mentía, Vivero,
la voz que en mí te acusaba!

(Vivero quiere llegar junto al Príncipe; ella le para y empieza un duelo encarnizado, terrible, entre el asesino y la vengadora. El Príncipe huye despavorido, gritando por los sombríos corredores varias veces:)

PRÍNCIPE

¡Al arma en el castillo!
¡Sangre otra vez!... ¡Espadas!

*(Vivero inicia una fuga; abalan-
zándose á la puerta del fondo, Doña
María le cierra el paso con su es-
pada, diciendo:)*

DOÑA MARÍA

(Mientras riñen.)

¿Huir? ¡Tampoco: la puerta
guardo yo! ¡Montoro: hablaba
bien tu romance, aquel día
de mi primer paso de armas!
«¡Ah, digan plumas, Castilla,
lo que dijeron espadas!
¡Digán, digan: con el hierro,
con el hierro ó la mirada,
hiere siempre el corazón
Doña María la Brava!»

*(Al pronunciar estas palabras la
dama, Vivero cae atravesado: entra
en el mismo instante por la lateral
secreta Don Alvaro de Luna, segui-
do de Nuño, Mari-Barba y los cria-
dos de la casa con hachas.)*

DON ÁLVARO

¿Qué hicisteis?

DOÑA MARÍA

¡Justicia!

DON ÁLVARO

¡Estáis
perdida!

DOÑA MARÍA

¡Y mi hijo vengado!

DON ÁLVARO

¡Huid!

DOÑA MARÍA

¡Jamás!

DON ÁLVARO

¡Que se acercan
los nobles!

DOÑA MARÍA

No: mis criados...
Dad mi justicia á la tierra,
arrojad su cuerpo al fango
del foso, ¡y sobre la tumba
de mi hijo, colgad su cráneo!

DON ÁLVARO

(A los criados.)

Si amáis á vuestra señora,
obedecedme.

DOÑA MARÍA

Don Alvaro:

¡soltad!

DON ÁLVARO

No: salid con ella.
Llevadla á un rincón lejano,
donde nadie sepa de ella
hasta que esto esté fallado.

DOÑA MARÍA

No, no: dejad, Condestable:
¡quiero hablar!

DON ÁLVARO

¡Y yo salvaros!
Llevadla por esa puerta.

DOÑA MARÍA

¡Mando en mi vida!

DON ÁLVARO

¡Y yo mando
en todo el reino!... Cerradle
la boca...

DOÑA MARÍA

¡Oh, cielo! ¡Tus rayos!

DON ÁLVARO

(Tomando en sus manos la espada manchada de sangre.)

Y ahora á reñir mi postrera
batalla con la fortuna.

(Empieza á llegar gente.)

¡Cuánta alegría os espera,
nobles, esta vez primera
que halláis culpable al de Luna!

*(Los nobles invaden la escena.
Cae el telón.)*